

La catequesis en la Iglesia primitiva

Antonio Izquierdo

La Iglesia primitiva, de manera oral primeramente y luego por escrito, utilizó un lenguaje muy rico y variado para expresar la experiencia única de la predicación apostólica, tanto catequética como kerigmática. Algunos términos de entre los más significativos los presentamos a continuación.

Κηρύσσω: Anunciar algo con autoridad a la multitud reunida en la plaza o en algún otro lugar público. Tanto Jesús como los apóstoles serán heraldos del evangelio en lugares públicos (Mt 10,27; Lc 12,3), proclamarán con autoridad el Reino de Dios invitando a la penitencia y a la conversión del corazón (Mc 1,15). Cuando los primeros discípulos prediquen en las casas, no lo harán sino en cuanto lugares de reunión de los cristianos, para la instrucción y para el culto religioso (Hech. 20,7-12).

Ἀγγέλλω y sus compuestos *ἀναγγέλλω* y *καταγγέλλω*. Mientras que *κηρύσσω* pone de relieve el carácter público y autoritativo, este verbo subraya el hecho mismo del anuncio, de la comunicación de algo importante: La salvación que Cristo ha traído con su muerte y resurrección (Hech. 16,17), la instrucción catequética de la fe cristiana (Hech. 20,20.27). El ambiente más propicio para este anuncio catequético es la liturgia en el día del Señor.

Εὐαγγελίζομαι: Fija su atención sobre todo en el contenido del anuncio, más que en el modo o en el hecho del mismo. Así ha venido a ser un término técnico para indicar el anuncio del Reino de Dios, el adoctrinamiento de los hombres en torno a la salvación mesiánica, la predicación de la fe cristiana. San Pablo lo usará como término técnico para señalar la entera obra de Jesús.¹

¹ Cfr. *Grande Lessico del Nuovo Testamento III*, 1025ss.

Διδάσκω: Parece subrayar la capacidad, el carisma para transmitir a otro lo que uno ha recibido y aprendido. Hace hincapié por tanto en la metodología pedagógica de la enseñanza, y por eso va unido no raras veces a verbos como proclamar (Mt 11,1), evangelizar (Hech. 15,35), anunciar (1Tim. 4,11).

Estos y otros términos hablan elocuentemente, con variedad y abundancia en el uso, del importante papel jugado por la predicación en la comunidad primitiva, y de la clara conciencia que poseían los primeros cristianos de la necesidad de la predicación para abrir el mensaje de Cristo a fronteras de universalidad.

Al inicio era la predicación

Al inicio del cristianismo está la predicación, porque el misterio de Dios ha sido revelado por Cristo, mediante dichos y mediante obras interpretadas por su palabra.² La fe entra en el hombre por la audición (Rom. 10,17). El cristianismo más que religión del obrar es religión del escuchar, siguiendo en esto las huellas del Antiguo Testamento: "Escucha Israel..." (Deut. 6,4-9).

Es verdad que la predicación se efectúa no sólo con la palabra, sino también con gestos, obras, posturas y acciones. La predicación envuelve y reclama a toda la persona, pues todo el hombre puede ser y en cierto modo debe ser parlante. Con todo, la palabra es el medio más elocuente y eficaz de la predicación.

Jesús era señalado por sus contemporáneos con el título honorífico de "rabbi": Por Pedro (Mc. 9,4), por Nicodemo (Jn. 3,2), por la multitud (Jn. 6,25). Y cuando los evangelistas usan el término *διδάσκαλος* se ha de suponer siempre el original de "rabbi" (Cfr. Mc. 4,38; 9,17.38; 10,17.20.35; 12,14.19), ya que es el término con que se tradujo "rabbi" en el ambiente judeohelenístico.

En tiempos de Jesús el rabino ejercía dos funciones: la del catequista y la del teólogo profesional. Para los fieles reunidos en la sinagoga hacía de catequista, para los discípulos era el teólogo que interpretaba con grande aparato de ciencia los textos sagrados.³ Jesús externamente se comporta como un rabino, catequizando a los judíos en las sinagogas (v.g. Mt. 9,35), y en el templo (v.g. Mc.

² Esto es evidente en los Sinópticos, pero sobre todo en el cuarto evangelio, donde al acontecimiento sigue la explicación de su sentido profundo, v.g. la curación del ciego de nacimiento (Jn. 9) o la resurrección de Lázaro (Jn. 11).

³ Tosefta sobre Sota 7,9.

12,35), en las casas y en los despoblados. Aunque en el ministerio de Jesús se hace hincapié en la catequesis, no faltan textos significativos donde se indica que Jesús dirigía su palabra únicamente a los discípulos (Mc. 9,30-32; 10,32). Parece, sin embargo, que Jesús no hacía teología, a la manera de los rabinos, en base a la ciencia exegética del tiempo, sino más bien en base a la experiencia personal de Dios y de su misterio.

Los apóstoles y primeros discípulos, obedientes al mandato del Señor resucitado (Mt. 28,19), en unas cuantas décadas expandieron la Buena Nueva del mensaje cristiano desde Jerusalén hasta Roma y el Cabo Finisterre, desde Palestina hasta la India. Pablo citará el sal. 19,4 ("su voz salió por toda la tierra y sus palabras llegaron hasta los confines del orbe") para poner de manifiesto la dilatación universal de la predicación apostólica (Rom. 10,18).

La predicación apostólica adoptará principalmente dos formas: la catequesis y el kerigma. La forma catequética designa la instrucción que los primeros misioneros daban a los neófitos, de palabra, según un esquema común esbozado en los discursos de Pedro en los Hechos de los Apóstoles (Hech. 2,21 ss; 10,34-43) y en la estructura de los evangelios escritos. La forma kerigmática se aplica a la proclamación oficial de la fe en Jesucristo hecha a los no creyentes con el fin de anunciarles la salvación definitiva, escatológica. Tanto el kerigma como la catequesis, desde el inicio, se estructuran dentro de estereotipos, ligados a fórmulas fijas, a términos técnicos, a un estilo ritmado, a conceptos pertenecientes al culto eclesial más que al vocabulario y a las concepciones teológicas de quien lo transmite.⁴

Es, sin embargo, evidente que las fórmulas kerigmáticas son frecuentemente asumidas por la catequesis y que los encuadramientos catequéticos que se encuentran principalmente en los Evangelios y en los Hechos no van dirigidos exclusivamente a los cristianos, sino también a los judíos y a los paganos. Es explicable, en cuanto sirven de punto de referencia a todo cristiano, cuando tenga que establecer contacto con sus hermanos judíos o con los gentiles de su misma nación o raza.

La forma catequética y sus destinatarios

En los escritos del Nuevo Testamento podemos detectar tipos y esquemas sustanciales de la primitiva predicación cristiana. En

⁴ M. Testa, *La missione e la catechesi nella Bibbia*, Roma 1981, 373.378.

las cartas a los Gálatas, a los Romanos, a los Colosenses y a los Efesios se puede reconocer la *predicación parenética*, exhortativa, como actualización del evento salvífico del Evangelio.⁵ En otros textos del Nuevo Testamento se vislumbra la predicación parenética derivada de la tradición sapiencial judía y de las colecciones de sentencias helenísticas y estoicas (carta a Santiago, primera carta de Pedro, catálogos de la carta a los Colosenses y a los Efesios). En los Hechos de los Apóstoles Lucas nos ofrece óptimos modelos de catequesis de tres tipos: "Ad christianos, ad hebraeos, ad gentes".

1. Hay en los Hechos siete composiciones de *catequesis a los cristianos*, es decir, catequesis que tocan cuestiones internas de la vida eclesial: Tres discursos de Pedro (Hech. 1,15b-22; 11,1-18; 15,7-11), uno de Pablo (Hech. 20,17-35), el famoso discurso de Santiago (Hech. 15,14-21), la carta circular escrita por la asamblea conciliar de Jerusalén (Hech. 15, 23-29), el discurso de la jerarquía jerosolimitana a Pablo, acusado por los judeocristianos (Hech. 21,15-25).

En tales textos se afronta el principal problema eclesial de aquel momento: el problema del universalismo cristiano y de la ley mosaica. Se afronta, apelándose continuamente a la acción del Espíritu Santo, a los "logia" del Señor Jesús y a los profetas veterotestamentarios.

2. *La catequesis a los judíos* se refleja en once textos: tres discursos de Pedro (Hech. 3,11-26; 4,8b-12.19; 5,29-32), uno de Esteban antes de la lapidación (Hech. 7,2-53), ocho de Pablo: dos en la sinagoga (Hech. 13,16-41; 17,3-4), uno ante el pueblo (Hech. 22,1-21), ante el sanedrín (Hech. 23,56 - 23,1; 1), ante Agripa (Hech. 25,23; 25,24-27; 26,2-23) y dos ante los judíos de Roma (Hech. 28,17-21; 28,22-28).

Todos estos discursos tienen el mismo entramado, elaborado con cuatro temas fundamentales:

- El Jesús histórico en su vida pública, muerte y resurrección, ascensión y exaltación a los cielos.
- Una demostración escriturística sobre la muerte y resurrección de Jesús y sobre el universalismo de su mensaje.
- El testimonio de los predicadores que apelan a su familiaridad con Jesús desde el bautismo hasta la resurrección.

⁵ Ibidem, 395-396.

- Una exhortación incisiva a la penitencia y a la fe en el Evangelio.⁶

3. *La catequesis "ad gentes"* es principalmente obra de Pablo (Hech. 13,16; 26;43;44-49); a los prosélitos de Antioquía de Pisidia (Hech. 14,15-16); a los sacerdotes y al pueblo de Listra (Hech. 16,20; 30-32; 35-39); a los romanos de Filipo (Hech. 17,22-31); a los atenienses en el areópago (Hech. 24,10-23); ante el gobernador Félix (Hech. 25,1-12); ante el tribunal de Festo (Hech. 27,21-26); durante la tempestad camino de Roma (Hech. 28,30-31); en Roma. A la catequesis paulina hay que añadir el discurso de Pedro en casa de Cornelio (Hech. 10,34-43) y el de Felipe al ministro eunuco de la reina Candaces (Hech. 8,30-38).

Los temas predominantes en la catequesis a los gentiles son:

- El enunciado del kerigma sobre la divinidad, en polémica con la idolatría de los oyentes, para llevarlos a la adhesión de Dios vivo, creador del cielo y de la tierra.
- La proclamación del kerigma sobre Jesús de Nazaret, acreditado por Dios con milagros, hecho Señor mediante la resurrección y glorificación, esperado como juez supremo de vivos y muertos.
- El anuncio de la acción universal del Espíritu Santo, que funda la Iglesia de los gentiles, con los mismos derechos que la iglesia de la circuncisión.
- La predicación moral de la justicia, de la castidad y del juicio final, como necesarios para entrar en el *ordo salutis* y caminar por la vía de la salvación.

La argumentación no es tanto bíblica, por más que no esté del todo ausente, cuanto entresacada de la naturaleza, de la historia y de la filosofía. Argumentación muy válida para gente fundada sobre la razón, la experiencia, los testimonios humanos y el derecho de Roma.

La catequesis en los Evangelios

Los evangelios, que contienen los dichos y hechos de Jesús, fueron estilizados en las formas literarias convencionales de la época, según una uniformidad y esquematismo bien adaptados a las exigencias mnemotécnicas y catequéticas. Por ello es posible identificar diversas unidades literarias, por ejemplo, relatos de milagros, de vo-

⁶ A. Wikenhauser, *Atti degli Apostoli*, Brescia 1968, nota 4, pp. 72-75.

cación; relatos biográficos, edificantes; apotegmas, dichos y sentencias de Jesús, parábolas, etcétera.

Motivos básicamente catequéticos indujeron a coleccionar diversas unidades literarias en conjuntos de milagros, de dichos, de *testimonia*. En esta obra de recolección se llevó a cabo una adaptación del material narrativo y didáctico a los ambientes culturales en que se desarrolló la catequesis primitiva. Así, para la catequesis a los Hebreos se sintió la necesidad de una relectura "cristiana" del Antiguo Testamento (Cfr. Lc. 24,45-48) y la urgencia de fundar la cristología en los *testimonia* proféticos (Evangelio sobre todo de Mateo). En la catequesis *ad gentes* había que demostrar la divinidad de Jesús a través de los milagros y de su poder sobre la naturaleza, los demonios y la muerte (Evangelio principalmente de Marcos). En la catequesis a la comunidad cristiana había que resolver los problemas que la preocupaban: la oración, el ayuno, la riqueza y pobreza, el matrimonio y el divorcio, los pecadores, los no judíos, el retraso de la parusía, etcétera.

Las diversas colecciones, puestas por escrito, pretendían facilitar la labor de los misioneros y de los catequistas. Lucas nos asegura que fueron varios los redactores que elaboraron estas colecciones, en conformidad con lo que transmitían los testigos oculares, convertidos ahora en ministros de la Palabra (Lc. 1,1-2). Algunas de estas colecciones son todavía indivisibles en los evangelios canónicos:

- La jornada de los milagros en Cafarnaum (Mc. 1,21-39; Lc. 4, 31-42).
- La sección de disputas con los adversarios (Mc. 2,1 - 3,6; 11,15 - 12,37; Lc. 5,17 - 6,11).
- Los famosos discursos en el evangelio de Mateo. Discurso de la montaña (Mt. 5-7), de las parábolas del Reino (Mt. 13), de la misión (Mt. 10), el discurso eclesiástico (Mt. 18) y el discurso escatológico (Mt. 24).
- Los relatos de la pasión en los cuatro evangelios.
- Las colecciones de milagros (Mt. 8-9; Mc. 4,35 - 5,43; Lc. 8,22-56).
- Las invectivas de Jesús contra los fariseos (Mt. 23).

No sólo las diversas unidades y colecciones, sino el entero evangelio puede considerarse una catequesis. Así el evangelio de Marcos contendría la catequesis redactada para los predicadores del imperio romano, siguiendo un esquema geográfico desde Galilea

(inicio del ministerio) hasta Jerusalén (lugar de la muerte y resurrección). El evangelio de Mateo vendría a ser la ley de la Iglesia naciente, que va consolidándose y tiene necesidad de una regla de vida, que tiene conciencia de ser el nuevo Israel y poseer una nueva ley, superior a la ley de Moisés. Una ley que fue objeto constante de la predicación catequética y homilética de la Iglesia. Lucas nos transmite la catequesis evangélica desde una perspectiva universalista de la salvación, mientras que Juan la enmarca en un esquema litúrgico y dramático, en que la luz vencerá a las tinieblas en la "hora" escatológica.

La catequesis de ayer y de hoy

La Iglesia de hoy es consciente de que los obispos son los sucesores de los apóstoles y de que los presbíteros han sido elegidos por Dios para colaborar con los obispos en la predicación, en el culto y en el gobierno de los fieles cristianos (LG, 20). La primera y más importante tarea que los Padres conciliares asignan al obispo y al presbítero es la predicación, en todas las formas posibles, entre las que destacan la catequesis y la homilía en la celebración litúrgica (LG, 25.28).

Como los primeros catequistas, los evangelizadores actuales deberán consagrarse enteramente al anuncio del mensaje cristiano, centrado en el misterio y en la persona de Jesucristo; deberán proclamar con autoridad en público y en privado, a grupos y a individuos, el Evangelio; deberán aplicar la metodología más adecuada para la transmisión de la verdad cristiana.

Ante la diversidad de destinatarios habrán de adaptar el modo, la motivación y el contenido de la catequesis, a ejemplo de aquellos catequistas primitivos que a todos predicaron el kerigma cristiano, pero lo presentaron de modo peculiar según los destinatarios fuesen cristianos, judíos o gentiles.

Uno de los problemas con que parece chocar la catequesis de hoy día es el contenido del mensaje. Se escuchan quejas sobre la falta de integridad del contenido en la predicación del mensaje cristiano. Si bien es verdad que existe una jerarquía de verdades en la fe cristiana, esto no impide el que la catequesis tenga que abarcar la doctrina cristiana en su totalidad, aunque es obvio que no lo hará totalmente.

La llamada del Papa Juan Pablo II a una nueva evangelización de Europa y América surtirá efecto si los catequistas actuales, a imitación de los del siglo I, emprenden con valentía y entusiasmo, constancia y ardor apostólico la insustituible y prioritaria tarea de enseñar a los hombres las supremas verdades del cristianismo. En los oídos de los catequistas resuenan las mismas palabras que Cristo dirigió a los apóstoles: "Id y predicad..." (Mt. 28,19).

ANTONIO IZQUIERDO

Español, nacido en 1944. Licenciado en filosofía y teología por la Universidad Gregoriana de Roma. De 1974 a 1981 ha trabajado como formador de jóvenes universitarios en España, México e Irlanda. Ha hecho cursos de especialización en Sagrada Escritura en el Instituto Bíblico de Roma y en la Escuela Bíblica de Jerusalén.